

detenerse en cualquier puesto de periódicos para encontrar fotografías de fenómenos y decapitados, o asomarse a un museo de "Aunque usted no lo crea", a una feria o a un circo. El cine y la televisión, por su parte, cada vez recurren más al género de lo monstruoso. Quizá la diferencia entre la estética de Witkin y la de los medios de difusión en el tratamiento de lo anormal sea lo que salta a simple vista: una cuestión de forma. Witkin crea y recrea sus esperpentos como un acto religioso, su ritual es un cul-

to a la forma, al cómo de las cosas. Por eso recurre a clásicos de la pintura, al símbolo universal del madero, a las formas que a veces adquiere la pesadilla. En cambio los medios, los circos, los museos, al adoptar lo monstruoso buscan sólo el espectáculo, ganar audiencias, multiplicar el rating. Quizá el libro más completo sobre el trabajo de Witkin sea: *Joel-Peter Witkin*, publicado por Photo Poche. En ese volumen es muy claro que sus fotografías invocan con sus luces y sombras al horror. Son un culto silencioso al

estremecimiento y a la sensación de irrealidad: no permiten más certidumbre que la duda; impiden vislumbrar otro signo que no sea el de la constante interrogación. Tal vez por eso fascinen, sorprendan, atrapen. No es cualquier cosa, después de todo, que Witkin escudriñe en las certezas mínimas de quien se asoma a sus collages para decirle que no conviene atravesar el mundo aferrado a la racionalidad como a un amuleto. ◀

[VUELTA NÚM. 209, 1994]

## UNA PARÁBOLA ACERCA DE SCOTT

JUAN GUSTAVO COBO BORDA

Las mansiones de moda en Long Island están en nuevas manos:  
allí Gatsby había muerto luego de amar una mujer.  
Quedaba el dolor, tan solo, como una presencia fraternal;  
y los afectos superfluos, aferrándose al cuello.  
"Dilapidé mis esperanzas  
en las pequeñas carreteras  
que llevan al sanatorio de Zelda."  
Apelaba a frases pastosas y los hermosos rostros  
del año pasado dejaban advertir su vacuidad.  
Entretanto, en los guiones, el productor tachaba  
giros innecesarios: era el final.  
Frasco vacío, boleto para una función que ya pasó,  
faltaba, aún, el postrer ultraje.  
Agradeciendo el tibio vino de la compasión  
supo, entonces, que tenía derecho a morir en paz.

[VUELTA NÚM. 10, 1977]